

Sobre Cervantes y el Quijote

(Ensayo leído en la Universidad de Antioquia, con motivo de la celebración del tercer centenario de Miguel de Cervantes Saavedra.—1916).

Los dos amigos

Acababan de releer *El Quijote*. Al terminar el último capítulo, uno de ellos se quedó pensativo inclinado sobre la verja de la quinta de verano.

El crepúsculo, que se desvanecía en tonos naranjados y tenues en el horizonte lejano, imprimía cierta tristeza en el ambiente. Las copas de los árboles se mecían en leve y pausado ritmo y los pájaros que se despedían para los nidos dejaban oír sus trinos vespertinos y tristes. Algo se moría en la naturaleza y en los espíritus.

A lo lejos, el río, esa cinta de plata que atravesaba el valle, seguía su curso silencioso y eterno. Caía la sombra. El otro, que se paseaba en el amplio y fresco corredor, sacó a su amigo del arrobamiento diciéndole:

—¿En qué piensas?

—En don Diego Fallon.

—¿En don Diego, y por qué?

Sígueme. Entraron a la Biblioteca. Las lámparas iluminaban ya los ricos y lujosos anaqueles. Sobre mesas y divanes reposaban los folletos y los diarios del último correo. Tomó la «Semblanza» de don Diego Fallon escrita por ese otro poeta que se llama José Joaquín Casas, y leyó esto: «un día al acabar la segunda o tercera lectura de la inmortal novela, como estuviese impresionado de veras con la muerte del hidalgo manchego, le preguntó su señora esposa que por qué estaba tan callado y melancólico, a lo cual respondió: estoy rezando un paternoster por el alma de don Quijote!»

—¿Y rezabas tú también por el ingenioso hidalgo?

—No. Rezaba por Cervantes. Pensaba en la suerte terrenal de ese genio de la raza; en sus tristezas, en la envidia que lo persiguió, en sus afanes, en sus apuros para vivir, en la escasez de medios para mostrarse, para lucir, para dominar, para vivir una vida plena, libre, independiente. Tú no comprendes, porque has sido rico, lo que significa el esfuerzo doloroso de un espíritu que tiene que luchar con la pobreza, que tiene renglones que llenar a diario, que vive en las inquietudes de la necesidad material, que no ha doblado el cabo de las tormentas de boca... Ese bohemio de la genialidad española encarcelado y triste, cautivo y pobre, sintiéndose grande, más grande que los duques y condes a cuyas puertas llamaba con los productos de su ingenio en busca de una limosna, requiriendo un apoyo, buscando un cariño, una distinción, siquiera pequeña, de los afortunados y felices herederos de títulos y riquezas! Desdeñado por el conde de Lemos, o mejor, por los Argensolas que le alentaron con halagüeñas esperanzas de llevarlo a Nápoles como miembro de la comitiva literaria de que eran jefes para solaz y entretenimiento de las veladas diplomáticas del Embajador conde de Lemos; de esa embajada y comitiva a que se refirió Góngora, otro despechado de la época y por el mismo motivo, en aquella sátira que comienza:

El Conde mi señor, se va a Nápoles,
Y el duque mi señor, se va a Francia,
Príncipes, buen viaje, que este día
Pesadumbre daré a unos caracoles.
Como sobran tan doctos españoles
A ninguno ofrecí la musa mía.....

Ni estos Argensolas o Leonardos, *que nunca amaron ni quisieron a nadie*, de quienes decía años después Cervantes que tenían para con él «la voluntad como la

vista, corta;» ni el ensimismado Mateo Vázquez, ni todos aquellos amigos que al mejorar de suerte lo desatendieron y olvidaron cuando acudió a ellos como hermano en letras o como antiguo compañero de correrías y travesuras poéticas entre escaseces regocijadas de estudiantes pobres, ninguno de ellos tuvo ni corazón, ni mente para comprenderlo y apreciarlo. De estas miserias y ruindades de literatos cortesanos, a penas si se desquitaba Cervantes de cuando en cuando con finas y sutiles ironías que poca mella habían de hacer en hombres bien trajeados y atendidos entre generosos vinos y suntuosos platos. Pero al correr de los tiempos había de llegar para él el verdadero desagravio, no sólo con la inmortalidad de su nombre, sino también con la protesta de los príncipes de la filosofía y de la lengua castellana, que habían de decir después sobre esa aspiración frustrada estas palabras que debiéramos aprender de memoria, para recitarlas en ocasión como ésta: «Grande fue la tristeza de Miguel, viendo que sus humildades y sus rendimientos no hallaban lugar en el pecho de sus sedicentes amigos: tan grande como fuera alegre su esperanza de volver a la amada Parténope, pisar sus rúas y gozar de los dulzores de su trato y amabilidad. Esta amargura le acongojó la vejez, aun cuando en la disfrazada negativa de los Leonardos viese un reconocimiento tácito de cuán superior a ellos le creían: que nunca había visto Cervantes, como no vio Goethe, albergarse ratones en las trojes vacías.» ¿Y Lepanto? ¿De qué le sirvieron el empuje de su brazo y la bravura de su ánimo resuelto en la batalla? ¡Con qué honda tristeza volvería sus hermosos ojos sobre ese brazo enjuto en tantas horas de miseria como las que alcanzó en su vida! Triste pero orgulloso trofeo que le recordaba la gloria de sus años de soldado, gloria mientras más grande más amargada por la suerte. ¿De qué le sirvió acompañar al gran don Juan de Aus-

tria, seleccionado astro de esos días, valiente y gentil almirante, admirado y querido de damas y caballeros de corte, de capitanes y soldados? Sólo, «el són confuso, el espantable estruendo» del combate, la visión radiosa del héroe que empuñaba la espada de «rectos y dorados gavilanes», los gritos de victoria y el recuerdo del dolor de las heridas que le privaron por momentos del sentido, sólo eso lo acompañó por su larga existencia como consuelo ante la injusticia de sus contemporáneos.

Y esa familia de don Miguel, tan complicada y sacudida, alborotada y revuelta, no era tampoco para albergue alegre y descansado de su espíritu. Quizá su hermana, la donosa y atractiva doña Andrea, pleitista y hábil en extraordinarios arbitrios, diestra en los amores hasta donde apenas «si el blanco pie se mojaba», entre líos y matrimonios repetidos, que ya de soltera fue imán de mozos y hombres de seso, y que de viuda aderezada y siempre fresca y apetitosa acaparó dos maridos, quizá esa sola mujer le sirvió, si no con largueza, que no había para tanto en la familia de los Cervantes, al menos con desinterés afectuoso. Ella le amaba con extraordinario cariño y él vio siempre en su hermana Andrea algo muy parecido a su espíritu y a su figura misma, porque ambos eran hermosos. Sólo que como decía don Diego Fallon de su dulce hermana Cornelia, «ella estaba escrita en verso y él en prosa.»

—Pero hay otra cosa más honda, interrumpió el otro, más dolorosa, más triste que todo en la vida de don Miguel, y fue su matrimonio.

—Cierto. Pero doña Catalina Salazar que nunca pudo imaginarse la inmortalidad de su nombre por ir al lado de Cervantes fue una mujer recogida y honesta, abnegada y fiel para con su marido. Cuantas veces volvió el perseguido y desdichado poeta a la casa solariega de Esquivias, doña Catalina le abrió los brazos,

si no entre ardorosas manifestaciones de amor, al menos con la benevolencia de la más fina educación y cultura. Y hay que pensar que además del deber tuvo que existir otra razón decisiva de aprecio y estimación de doña Catalina para con don Miguel, cuando llegó hasta seguirlo a Valladolid a vivir en compañía de sus hermanas y sobrina....Y porqué no decirlo? De su hija doña Isabel de Saavedra. Ella, tan recatada, tan seria y discreta y acostumbrada en su casa a ver los odres llenos y las trojes repletas, se sometió a vivir con las Cervantes que siempre fueron amigas de relaciones con mozos y galanteadores de oficio y que ahora reforzadas con la hija de doña Andrea, y doña Isabel de Saavedra seguían la tradición de esta familia, que en medio de estrecheces y percances siempre fue alegre y desparramada, aunque honesta, según rezan las crónicas, pero cuya honestidad no las libró de ir todas a la cárcel (aunque inocentes) con motivo de la muerte de don Gaspar de Ezpeleta, con todas las brujas enredadoras y chismosas que vivían en la misma casa de Cervantes; salvándose apenas doña Catalina, que había regresado a Esquivias huyendo sin duda de esa vida de chismes y del trato con cortesanos ociosos y de segundo orden. Faltó en ese matrimonio el vínculo de los hijos, pero doña Catalina amó a Cervantes, sin duda, y éste no dejó de reconocer sus bondades por lo menos en sus últimos días. Cuenta Pareja y Serrada que cuando don Miguel envió a buscar al bachiller Bobadilla para dictarle su testamento, doña Catalina rompió a llorar, y don Miguel al verla le dijo: «No lloréis mi amada esposa, que horas no son éstas de cuitas y desmayos, sino de discreción y enterezas de ánimo. Cautiverio es el que yazgo, más duro que el que en Argel sufriera y han de romperse mis cadenas cuando ya la Divina Permición parézcale hora. Gracias le doy en mi ánimo, porque vos puso a mi lado para conllevar mis amar-

guras como pone la triaca salvadora al lado del funesto beleño.»

Creo, sin embargo, que en esa atormentada vida de Cervantes hubo un incidente más doloroso que todas las desgracias que le cayeron encima. Y fue aquel día en que el librero Villarroel, o por inconciencia o porque se lo dijeran al oído o por mezquino interés de editor, le dijo aquellas palabras: «de la prosa de vuestra merced se puede esperar mucho, del verso nada.» Y aquel hombre que llevaba en el alma tantos engaños, tantas heridas, tantos desdenes, tantos alfilerazos en el cuerpo, y unido todo eso a la miseria y a las deudas no pudo resistir más y al llegar a su habitación oscura y húmeda entró en tal confusión y tristeza *de manera que le hicieron reventar las lágrimas de los ojos y mil suspiros del pecho.*

¡Oh lágrimas de don Miguel de Cervantes que al cabo de tantos años de verdidas nos apenan y entristecen a los que hablamos su lengua, a los que creemos lo que él creyó, a los que le compadecemos, a los que le admiramos, a los que le ponemos por encima de todas las glorias literarias de la raza, a los que nos hemos embelesado con sus libros y hemos saboreado la miel de su riquísimo ingenio! Para él sin duda, y para tantos otros desgraciados ingenios escribiría el gran Quevedo aquella letrilla que comienza:

«¿Quién procura que se aleje
Del suelo la gloria vana?
¿Quién siendo toda cristiana
Tiene la cara de hereje?
¿Quién hace que al hombre aqueje
El desprecio y la tristeza?
La pobreza.»

—Hubo otra cosa además que no dejaría de mortificar a Cervantes, que de seguro no dejó de mortifi-

carlo, y fue la sombra de Lope de Vega. Claro que no sería envidia, que en un hombre orgulloso y consciente de sus méritos, no cabe tan ruin y mísera pasión. Pero en la enorme popularidad del «monstruo de la naturaleza» como él mismo lo llamó, quizá encontraba alguna injusticia comparada con los desaires que él recibía de continuo. Porque hombre más admirado y más querido en su tiempo no ha habido otro. Leamos esto. Y acercándose al estante tomó uno de los grandes tomos de las obras de Lope publicada por la Academia Española, que dirigió y comentó ese otro monstruo que se llamó Marcelino Menéndez y Pelayo. Leyó: «Vinieron muchos desde sus tierras (escribe Montalbán en la *Fama Póstuma*) sólo a desengañarse de que era hombre. Enseñábanle en Madrid como en otras partes a los forasteros un templo, un palacio y un edificio. Ibanse los hombres tras él cuando le topaban en la calle y echábanle bendiciones las mujeres cuando le veían desde las ventanas. Hiciéronle costosos presentes personas que sólo le conocían por el nombre. Alcanzó por sus aciertos un modo de alabanza que aún no pudo imaginarse de hombre mortal; pues creció tanto la opinión de que era bueno cuanto escribía que se hizo adagio común, para alabar una cosa de buena, decir que era de Lope: de suerte que las joyas, los diamantes, las pinturas, las galas, las telas, las flores, las frutas, las comidas y los pescados y cuantas cosas hay creadas se encarecían de buenas solamente con decir que eran suyas, porque su nombre las calificaba.»

—La popularidad de Lope era, por otra parte, natural. Era un hombre de maravilloso ingenio y nada se conocía hasta entonces que le igualase en la comedia y en fecundidad poética. Armonioso y sonoro, era como el arpa nacional que extendía la música de las palabras a todas las esferas sociales. Dulcificaba la len-

gua áspera todavía del duque de Alba y de todos aquellos guerreros y conquistadores que agigantaban la historia de España entre ruidosas victorias y colosales rapiñas territoriales, pero que apenas pudieron enriquecer el idioma con bruscas interjecciones y secas órdenes de mando. Entre el estrépito de las batallas y la dureza de las almas corría entonces el raudal poético y portentoso de Lope. De figura elegante, hermoso y cortesano exquisito, soberano poeta de los cielos y de la tierra, ¿qué mucho que le persiguieran las mujeres y le admiraran los hombres? Es fama que Lope y Cervantes no se miraron bien desde los primeros encuentros y que al hablar sobre comedias en el *Quijote*, el señor don Miguel toma el florete de la crítica y da la más tremenda estocada al fénix de los ingenios.

En boca del canónigo pone don Miguel de Cervantes estas palabras: «Si éstas que ahora se usan (se refiere a las comedias de la época y por consiguiente a las de Lope) así las imaginadas como las de historia, todas o las más son conocidos disparates y cosas que no llevan pie ni cabeza, y con todo eso, el vulgo las oye con gusto y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo; y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que así han de ser, porque así las quiere el vulgo, y no de otra manera; y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demás se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les está mejor ganar que comer con los muchos, que no opinión con los pocos.»

A estas y a otras razones del canónigo, contestó el cura: «En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, que ha despertado en mí un antiguo rencor que tengo con las comedias que agora se usan, tal, que iguala al que tengo con los libros de caballería; porque

habiendo de ser la comedia según le parece a Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades e imágenes de lascivia.» Y para que la crítica contra Lope de Vega no quedase confusa, el cura acentuó más sus palabras refiriéndose ya directamente a Lope y dice que «por querer acomodarse al gusto del representante no han llegado (todas las comedias de Lope) como han llegado algunas al punto de la perfección que requieren.»

De estos resquemores de Cervantes contra Lope hanse escrito los más curiosos detalles en la nueva biografía de Lope de Vega escrita por don Cayetano Alberto de la Barrera y Leirado, quien dice que parece más bien de Cervantes que de Quevedo aquel famoso soneto contra Lope, que comienza:

«Lope dicen que vino. No es posible,
Vive Dios que pasó por donde asisto.
No lo puedo creer. Por Jesucristo
Que no os miento.—Callad que es imposible,
Por el hijo de Dios que sois terrible!
Digo que es chanza.—Andad que voto a Cristo!
Que entró por Macarena. ¿Quién lo ha visto?
Yo lo vide.—No hay tal, que es invisible.
Invisible, Martín? Eso es engaño,
Porque Lope de Vega es hombre, y hombre
Como yo, como vos y Diego Díaz.
¿Es grande?—Sí, será de mi tamaño,
Si no es tan grande pues, como es su nombre....»

Y callemos el final que tú conoces.

Natural era que Lope se desatara en injurias contra Cervantes y el *Quijote*, por el gracioso desenfado del manco de Lepanto y así lo hizo entonces, y después escribió aquella carta que termina: «de poetas no digo

buen siglo es éste; muchos están en ciernes para el año que viene, pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote*.»

Volvió Cervantes a referirse a Lope en el prólogo de la primera parte del *Quijote* con censuras más bien claras que encubiertas, y contestóle Lope no menos resentido en *El Peregrino*; y aun muerto ya Cervantes se permitió el gran Lope aquel diálogo que comienza:

LEONARDA Después que das en leer,
Inés, en el romancero,
Lo que a aquel pobre escudero
Te podría suceder.

INÉS Don Quijote de la Mancha
(Perdone Dios a Cervantes)
Fue de los extravagantes
Que la corónica ensancha
Yo leo en los romanceros,
Y se me pega esta seta
Tanto, que de ser discreta
No tengo malos aceros.

Y aquel otro prodigio de la época, el gran satírico, el filósofo profundo autor de *Marco Bruto*, de *El sueño de las calaveras*, demoledor y despreciativo, el sabio e inteligentísimo Quevedo, no dejó tampoco de zaherir a Lope en varias ocasiones; pero estos tres singulares ingenios se reconciliaban a menudo y siempre reconocieron los méritos de unos y otros y no deja de ser curiosa e interesante aquella redondilla que alude a la reconciliación de Lope con Quevedo, y que dice:

«Hoy hacen amistad nueva
Más por Baco que por Febo,
Don Francisco de Que... bebo
Y don Lope de la Beba.»

Parece por otra parte, que esas peleas literarias apenas si pasaban de la epidermis, pues apesar de todo lo que don Luis de Góngora zahirió, importunó y persiguió con sonetos satíricos al fénix de los ingenios, no dejó este noble espíritu de dedicarle a su muerte, el famoso soneto:

«Despiérta, oh Betis, la dormida planta,
Y coronado de ciprés, inunda
La docta patria en Sénecas fecunda,
Todo el cristal en lágrimas desata.

Repite soledades y dilata
Por campos de dolor vena profunda:
Unica luz que no dejó segunda,
Al Polifemo ingenio Atropos mata.

Góngora ya la parte restituye
Mortal al tiempo; ya la culta lira
En cláusula final la voz incluye:

Ya muere y vive; que esa sacra pira
Tan inmortal honor le constituye,
Que nace Fénix donde Cisne expira.»

Esos reconcomios, desconfianzas, temores y recelos entre Lope, Cervantes y Quevedo eran por otra parte naturales. Eran ellos tres águilas que volaban entonces por el cielo literario en camino de la inmortalidad y que al acercarse en la ruta, sacudían las alas en movimientos defensivos y dejaban ver sus garras de oro que iban formando estelas luminosas.

De todos modos, no creo que haya habido en el mundo nación alguna que cuente, en un momento dado, con tan poderosos cerebros como el de estos tres inmortales, ni con espadas tan gloriosas y memorables como las de esos capitanes que se llamaron don Juan de Austria, el duque de Alba y Alvaro de Bazán. Era el intenso y acre perfume de la manzana que no ser-

virá mañana para regalo del paladar. Eran los últimos y poderosos esfuerzos de las células nacionales del más memorable de los éxitos. Llegaba naturalmente la decadencia; el árbol frondoso de otros días dejaba caer de sus ramas exhaustas frutas mediocres y raquílicas. «Y aquellos hidalgos que antes hubieran ido a las universidades y a las secretarías de los embajadores y a las academias de los poetas y a los estudios de pintores de Italia y Flandes y a guarnecer los castillos del rey y las plazas... se contentaban con ir a esperar la sopa! Eso sí, ocultaban la escudilla bajo la capa y se retorcián fieramente el bigote con el aire de antaño.»

Al cabo de varios siglos la savia antigua asciende hasta las copas. Las letras españolas renacen. El siglo XIX es otro siglo de oro; la elocuencia de Castelar y de Moret, de Cánovas y de Maura, de Alvarez, Canalejas y Vásquez de Mella, seduce y pasma y arrebató a las multitudes y a los letrados; la sabiduría inconcebible de Menéndez Pelayo, la inimitable pluma de Pereda, la inteligencia de Pérez Galdós, el estilo suave, helénico y delicioso del autor de las *Ilusiones del doctor Faustino*, y la prosa ondulatoria, robusta y sabia de otros prosistas incomparables cuyos libros alcanzo a ver en los estantes de la sección española de tu biblioteca, hasta llegar a Ricardo León, de cuyo estilo bien pudiera decirse lo que ya se dijo del de Fray Luis de Granada: «estilo puro, limpio, sencillo; más alto: llano; más agraciado: florido; más significador: grave.»

—Ahora hablemos del *Quijote*. ¿Tienes tú hoy el mismo concepto que de adolescente tuviste de este libro?

—No. La lectura del *Quijote* no me hace reír ya. Ahora me produce la más alta admiración y la más profunda tristeza. Y es porque después de conocer la vida de Cervantes pareceme que el ingenioso hidalgo no es otro que el mismo don Miguel.

Por esas páginas dolorosas va derramando la más suave y sutil ironía sobre la vida humana, el desdeñado del duque de Béjar y de los Argensolas y el vencido de Lope. De la ingratitud del gobierno de España para con el manco de Lepanto, que ni siquiera pudo obtener un vil destino para estas ricas Indias, en donde pensó sin duda, ver el oro de cerca, habla de esta manera al mozo que iba a la guerra, a quien advertía que aunque se viera herido o cojo siempre lo cogería con honra y le evitaría la pobreza «cuanto más que ya se va dando orden de cómo se han de mantener los soldados viejos, pues no es bueno que con ellos se haga lo que hacen los que ahorran a sus negros echándolos de la casa libres y haciéndolos esclavos del hambre.» Ni es inverosímil creer que a ese mismo desdén del gobierno se refería don Miguel cuando resuelta ya la gobernación de Sancho por los duques, pone en boca de don Quijote algunas frases en las que, sin duda, se refería al desaire que había sufrido cuando buscaba su destino en América; y aquí entra y encaja bien el decir que «hay buena y mala fortuna en las pretensiones.»

Ni sería tampoco hilar muy delgado el pensar que Cervantes por ese y otros tantos desdenes de sus contemporáneos para con él, hiciera decir a Sancho que «lo que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza, y sobre todo, ciega; y así, no ve lo que hace, ni sabe a quien derriba ni a quien ensalza.»

Dícese que el duque de Béjar, no tanto por tacaño y falto de entendimiento, cuanto por influencias de un eclesiástico, que así mandaba en el duque como en su familia, fue el verdadero motivo para que el grande de España no dejase caer dádiva alguna en manos de quien le había dedicado la primera parte de su libro inmortal, ni supiera estimar como era debido lo que iba a ser pasmo y admiración de las gentes. Sin duda

alguna que el altercado de don Quijote con el eclesiástico o sacristán, como le llama despectivamente, en el castillo de los duques, es un recuerdo de ese desaire célebre. Nunca fue tan discreto ni tan hidalgo ni tan intencionado el caballero manchego como en la respuesta que dio al eclesiástico. Jamás ha tenido la lengua castellana frases de más alta cultura; ni el *justo enojo* encontró en nuestro idioma un medio más elegante de combatir un concepto erróneo y agresivo. La incisiva elegancia de esa admirable respuesta determinó la cólera del eclesiástico o lo que es lo mismo, el triunfo de don Quijote.

No sería el mismo don Miguel de Cervantes quien «temblando de los pies a la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua» decía: «Por ventura es asunto vano, o es tiempo mal gastado el que gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos del sino las asperezas, por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad?» Cervantes presentía ya la gloria futura de su nombre y desfacía los agravios con su pluma fecunda e inimitable y fina como los aceros afilados de Toledo. Menoscabado de ánimo a veces, erguía en otras ocasiones hermoso y soberbio ante sus contemporáneos y apelaba ante la posteridad más justa y menos envidiosa.

En cambio, para aquel otro eclesiástico sabio y bueno que sin humillaciones ni regateos míseros enviábale recursos frecuentes y agregaba a la dádiva epístolas cariñosas y admirativas del ingenio del autor del *Quijote* lo mismo que para el otro protector conde de Lemos, escribió don Miguel las más sentidas, las más humildes y agradecidas frases que escribir se pueden. ¿Cuándo estuvo la gratitud mejor servida, cuándo sonó para el oído humano algo más noble y delicado que esas dos epístolas que como río caudaloso y claro arrasó juntos y hermanados a la inmortalidad a protectores y protegido?

Ahora que hemos releído el *Quijote*, habrás observado con qué frecuencia habla Cervantes sobre la pobreza. Sancho hablándole «en cueros y sin vestirlo de otras ropas» decía ya de los «hidalgos escuderiles que dan humo a los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde,» y por boca de Teresa Panza habla así: «Por el pobre todos pasan los ojos como de corrida y en el rico los detienen,» y cuando don Quijote hablaba al canónigo sobre las hazañas, felicidades y regalos de los caballeros andantes entre músicas y cantos y manjares y doncellas y baños templados y camisas de delicadísimo sendal, olorosas y perfumadas; cuando entra y sale de los grandes castillos, cuando sueña en todo esto, sueña en ser rey para mostrar la liberalidad que su pecho encierra, «porque el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de la liberalidad con ninguno.»

Y este don Quijote, que así llevaba la mente encendida de grandezas; que sabía apreciar la elegancia en el vestir y la delicadeza de las telas; que amaba la limpieza y aconsejaba a Sancho adelantándose a la higiene moderna que rapara las barbas, órganos restiformes del antropoide, como diría un darwinista, este famoso caballero al quedarse solo en el castillo con la partida de Sancho a la Insula, encerrado en su alcoba que puso por muralla entre «sus deseos y su honestidad,» a la luz de dos velas de cera se desnudó y al calzarse «oh desgracia indigna de tal persona...! las medias estaban rotas!»

Y aquí, en este triste incidente, al descubrir el desequilibrio entre la ilusión y la realidad, se mueve la pluma de don Miguel de Cervantes entre melancolias y protestas contra la pobreza y como verdadero perito en estrecheces prolijas.

¿Quién ha descrito mejor los afanes y cuitas de la vida del estudiante pobre que el mismo Cervantes.

llevó en Alcalá de Henares? Ese recuerdo melancólico movió la pluma del que dijo: «Digo, pues, que los trabajos del estudiante son éstos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en que puede ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no había que decir más de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena.»

—Pero a esa *santa dádiva desagradecida*, como llaman los místicos la pobreza, ¿no deberá Cervantes la inmortalidad, España la gloria de tenerle por hijo, la lengua española por modelo y la humanidad por espejo en don Quijote y en Sancho?

La vida es corta, percedera y cruel y no quedan vibrando a siglos de distancia, sino los que la apreciaron y sintieron con toda su intensidad y con toda verdad y franqueza como don Miguel de Cervantes Saavedra.

—Sin embargo, el concepto moderno de la vida es el de la fuerza, el de la riqueza y de las comodidades que ésta trae consigo. En la única cosa en que estamos todos los seres humanos de acuerdo es en conseguir dinero y gozar de la vida y hacerla menos triste.

—Es cierto; pero siempre habrá en el mundo criterios distintos en todo. Si así no fuera, la vida sería más monótona y el «cielo siempre azul» de los odiosos Argensolas sería siempre desesperante. Por lo demás, la guerra continental de los civilizados de Europa nos está mostrando cómo son de efímeras todas las teorías sobre la vida nacional e individual acumuladas en éste y en todos los siglos. Es algo muy pueril el pretender que todos tengan talento y sean aptos para la vida y que el raquítrico sea fuerte y noble el degenerado. De las fuerzas contrarias que luchan en el mundo y en nuestro propio organismo, sale siempre una resultante inesperada. De esta «crisis de la historia», como dice

Ferrero, vendrá sin duda un cambio de tendencias mundiales y sin embargo la vida no cambiará. Las pasiones humanas no pueden sujetarse a cálculos matemáticos. Y envueltos todos en la práctica de la vida o en el idealismo sublime, seguiremos dando tumbos en ella como don Quijote y Sancho. Parece como si la Providencia hubiera puesto el mar al lado de la tierra para que viéramos en él el claro símbolo de la vida en las ondas mudables, sucesivas y eternas de este elemento monstruoso. ¿Y qué otra cosa somos nosotros todos, sino átomos dispersos e insignificantes en este universo incomprensible y raro?

Y sigamos hablando del Quijote. Este ha pasado por loco, y por egoísta y práctico el escudero; pero de tal manera se hermanan la locura del uno y la cordura del otro, y de tal suerte van compenetrándose esos espíritus que parecen uno solo. Pero la superioridad de don Quijote va dominando a Sancho hasta el punto que el caballero remata cuerdo y el escudero, loco.

En la aventura de los yangüeses comienza la locura de Sancho. El quisto y cobarde escudero ¿no arremetió también contra los veinte arrieros después de las justas y prudentes observaciones que hizo a don Quijote sobre la desigualdad de la lucha?

¿Y no estuvo de impulsivo contra el inocente cabrero haciéndolo responsable de la paliza que acababa de darle Cardenio? Convencido estaba también de que don Quijote llegaría a ser emperador y lo casaría a él, ya viudo, según lo deseaba ya, con una doncella de la emperatriz, «heredera de un rico y grande estado de Tierra firme.»

En la brava y descomunal batalla con los cueros de vino tinto ¿no estuvo buscando la cabeza del gigante que decía haber visto con sus propios ojos? Duros fueron los reproches de Sancho contra el cura cuando éste y el barbero llevaban enjaulado a don

Quijote, por la ínsula o el condado que le hacían perder con la farsa del encantamiento del caballero de la triste figura; y a medida que las aventuras se sucedían unas a otras, aumentaba el delirio de grandezas de Sancho; y una vez gobernador de burlas, suspiraba todavía por ser conde y en todo caso noble.

Y entre la locura de don Quijote y la simplicidad de Sancho, iban ocurriendo invasiones de jurisdicción de cerebro a cerebro, a medida que el tiempo corría.

De discreto y de gran entendimiento juzgaban todos a don Quijote cuando hablaba sobre las armas y las letras, o del origen de los linajes, o sobre la libertad y el agradecimiento, o cuando aconsejaba a Sancho sobre materias políticas y dábale reglas de gobierno. Sigue don Quijote los consejos de Sancho después de las aventuras del cuerpo muerto y de los yangüeses; y en la aventura del rebuzno quiso ser más bien prudente que temerario como otras veces. Don Quijote va serenándose a medida que el tiempo pasa y las aventuras se suceden. «El vapor de ilusión que flota ante toda actividad humana» va desvaneciéndose. Como todo hombre de acción intensa en la vida, iba viendo que había *arado en el mar*, como aquel forjador de repúblicas que caía abrumado por la ingratitude a las orillas del mar mudable y amargo. Su noble y bondadoso espíritu iba adquiriendo una comprensión más exacta de la realidad, hasta que al lado de los suyos, tendido en el lecho, próximo a la muerte, abriéronse las ventanas del alma, abrió los ojos y tuvo la concepción clara de la vida.

En cambio, el práctico, el zocarrón, el sabio gobernador de la ínsula Baratariá, termina rematadamente loco. Quiere disfrazarse de pastor y cree que tras de alguna mata puede hallarse desencantada la señora Dulcinea del Toboso. La superioridad espiritual de don Quijote había invadido vastas zonas en el cerebro pri-

mitivo del escudero, pero ya sano del espíritu y cerca ya a la muerte, volviéndose a Sancho, le dijo: «Perdonáme, amigo, la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote creer en el error de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo.»

Se contradice don Quijote en su vida, se contradice Sancho en la suya, y disputan y se abrazan. El relato de sus aventuras hace reír a unos y llorar a otros. La pluma mágica de Cervantes va resucitando todo lo que hay en los seres humanos de noble, de triste y de ridículo. Su vida misma anda por esas páginas pregonando el dolor de su existencia, en caudalosa vena de supremo ironista de su tiempo y de los tiempos todos. Este libro es el llanto risueño de su existencia. Es la ironía que pasa haciendo cosquillas y conteniendo las lágrimas. Atenazado por los desdenes, atravesó con su flecha de oro a los que se opusieron al reconocimiento de su talento excelso; el vencido de ayer fue el vencedor reconocido durante tres siglos después de su muerte. De modelo quedó su prosa rica y dúctil, mina de frases áureas y encantadas: armoniosas unas y resonantes otras, profundas todas; con verbos y adjetivos que van sonando como clarines mágicos.

«Hay toques de pincel, como toques de estilo, que son una manera no de pintar ni de escribir, sino de sentir, de sufrir, de amar, de orar, de vivir.» Ese, el estilo de Cervantes; ésa, la filosofía del *Quijote*.

EDUARDO ZULETA.

C. de la Real Academia Española.

